

—Nó, nó, vos no os apartareis de mi lado más que para volver á España en los navios que pronto han de partir.

Isabel insistió, pero las órdenes de Colon fueron terminantes.

Sin embargo, la idea de enviar un destacamento antes que las embarcaciones se diesen á la vela, idea que ya habia cruzado por su imaginacion, se convirtió en realidad despues de la conversacion que habia tenido con Isabel.

Los indios que tenia á su lado le habian dicho que muy cerca de allí estaban las montañas del Cibao.

El mismo nombre del cacique Caonabo, que significaba *señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios.

Tres ó cuatro dias de viaje bastaban para descubrir las minas.

Colon resolvió enviar una expedicion á explorar aquel departamento antes de que saliesen los buques para poder al ménos enviar la noticia del descubrimiento y posicion de las auríferas montañas del Cibao.

Colon llamó á su lado á Alonso de Ojeda.

---

### Capitulo LIII.

---

#### Expedicion de Ojeda.

—Os he llamado,—le dijo,—para comunicaros un proyecto y para confiaros una mision que solo vos podeis desempeñar.

—Pláceme en extremo,—contestó Ojeda,—que os acordeis de mí. Esta vida me cansa; yo he nacido para vivir en el combate siempre; los azares de la guerra me deleitan; la paz me hastía; el peligro me embriaga.

—No ignorareis,—añadió Colon,—que muy cerca de aquí se hallan los dominios del cacique más formidable de Haiti, Caonabo, rey de las minas de oro, nuestro más temible enemigo, nuestro más encarnizado adversario.

—¿Y quereis castigarle?

—Nó; quisiera su amistad, porque, creedme



Ojeda, la maña es preferible á la fuerza cuando se trata de arrebatár la independencia á un pueblo. Creo, pues, que con unos cuantos soldados, los que vos elijais, os interneis en los bosques en la direccion que os indicará el indio Diego, para que exploreis el terreno, hagais amistad con el cacique, ó por lo ménos podais volver con noticias de la extension de su territorio, de las poblaciones que cuenta, del número y calidad de sus habitantes, recogiendo además todo el oro que podais para llevarlo á España.

Dispuesto á obedecer instantáneamente aquella orden, eligió los soldados más aguerridos, cargó algunos caballos con provisiones, llevó en su compañía algunos oficiales jóvenes y bizarros, que querian compartir con él los azares de la expedicion, y en uno de los primeros dias del mes de Enero se puso en marcha.

Envidioso de aquella distincion que habia merecido Ojeda, Gorbalan, uno de los capitanes más jóvenes y más valerosos de la escuadra, se presentó á Colon para pedirle el permiso para partir con otros hombres por distinto lado, y tener ocasion de distinguirse prestando un verdadero servicio al país.

Aceptó Colon su ofrecimiento, y Gorbalan partió en la misma direccion, aunque por opuesto lado.

El almirante y los que quedaron aguardaban con ansia el regreso de aquellos valerosos capitanes, para saber á qué atenerse.

Isabel sufría porque no habia podido acompañar á Ojeda.

Colon se le habia prohibido resueltamente, y por otra parte la retenia en la colonia, un deber de afecto.

Américo Vesputio, personaje oscurecido entonces, no cesaba un solo instante de pensar en Esperanza, en el hijo de su amor.

El dolor moral habia alterado su salud, y era uno de los que más sufrían.

Su mal se agravó, y la tierra que más tarde debia llevar su nombre estuvo á punto de abrirse para sepultarle.

Durante su enfermedad le asistieron con fraternal cuidado Isabel y el doctor Chanca, que habia leído en su corazon las desdichas que sufría y habia simpatizado con él.

Los expedicionarios regresaron al cabo de pocos dias.

Ojeda habia tomado la direccion del Sur.

Los dos primeros dias fueron penosos para él y los que le acompañaban.

Tenian que abrirse camino por enmarañadas selvas.

Al ver la soledad en torno suyo, no podian ménos de entristecerse.

Al caer de la tarde del segundo dia llegaron á una elevada sierra, á la que abria paso una vereda que serpenteaba entre intrincados desfiladeros é insondables abismos.



La vereda se iba ensanchando poco á poco hasta llegar á la falda de la montaña.

En ella descansaron los españoles, y los primeros rayos del sol los despertó del sueño reparador á que se habian entregado, sin más proteccion que la de la Providencia.

¡Pero qué hermoso panorama se extendia á su vista!

Era un vasta y deliciosa llanura cubierta de aldeas, formadas por grupos de pintorescas chozas, adornada con bosques de una vegetacion sorprendente.

Las plateadas aguas del rio Yaqui corrian en distintas direcciones, aumentando la belleza de aquel inmenso, dilatado y verde valle.

—Allí nos espera la vida ó la muerte,— dijo Ojeda á los suyos.—A juzgar por el número de casas que desde aquí descubrimos, los indios que hay en ellas, si nos son hostiles, pueden destruirnos instantáneamente.

Juguemos un albur; bajemos á la llanura, penetremos en las aldeas y encomendémonos á la Virgen para que nos libre de todo riesgo.

Aquellos hombres se postraron de hincjos, y en tanto que el sol, saliendo por Oriente con sus vívidos rayos, inundaba de luz el paisaje, Ojeda y los suyos murmuraban la salve desde aquella altura que les acercaba más y más á Dios.

Con ánimo resuelto descendieron rápidamente al valle, y vieron con gran asombro que los indios, en vez

de atacarlos, les ofrecieron hospitalidad, y al saber quiénes eran por el intérprete Diego, se apresuraron á ofrecerles fragmentos de oro y agasajarles con todo cuanto tenian.

Todavía no era aquel el territorio de Caonabo.

Pero las sierras que limitaban el valle eran las invencibles murallas que la Naturaleza habia dado al cacique para defender sus tesoros, que estaban en las entrañas de aquella sierras

Despues de vadear varios rios llegaron á las sierras del lado opuesto; por veredas y atajos penetraron en sus fragosidades y vieron con asombro que ni Caonabo ni los suyos les ponian obtáculos.

Caonabo no estaba á la sazón allí.

A pesar del cansancio que sentian, en las montañas, en la tierra, en los rios, veian partículas doradas, lo que les hacia creer que todo en aquella parte de la isla era oro.

Los indios que se les acercaban y les acompañaban guiándoles por los atajos, delante de ellos, con la mayor facilidad separaban el oro de la arena y se lo ofrecian.

En varias partes hallaron grandes pedazos de oro virgen y piedras jaspeadas con venas del mismo metal.

Algunos de estos fragmentos eran tan grandes que pesaban ocho y nueve onzas.

Ojeda encontró uno en un arroyo, que fué más tarde la admiracion de los Reyes Católicos y de cuantos le examinaron.



No había duda de que si á flor de tierra se encontraban aquellas riquezas, en las entrañas de aquella sierra debia haber grandes cantidades de oro.

Era preciso conquistar el país, y llevar allí trabajadores para que arrebatasen el tesoro del seno de la tierra

## Capítulo LIV.

### Nuevos indicios de la traicion de Alonso Velez.

En medio de la sierra, cubierta por los árboles, halló Ojeda una humilde choza y entró en ella á descansar.

Un indio estaba allí.

Le cogieron de improviso, y en presencia de los españoles no pudo ménos de estremecerse.

Miró en torno suyo recelosamente y en sus ojos se manifestó el deseo de buscar una salida para escaparse.

Pero Diego que acompañaba á Ojeda:

—Detente,—le dijo,—no venimos á hacerte daño, nos envia aqui nuestro amo el almirante de Castilla, que solo ha venido á esta isla á hacer bien á todo el



mundo, á derramar á manos llenas los tesoros que de su patria trae para vosotros.

—Lo mismo decia él,—exclamó el indio con temblorosa voz,—y sin embargo, yo le abrí mi casa, yo le dí todo el oro que tenia y me pagó con la más negra ingratitud.

—¿De quién hablas?

—Del extranjero.

—¿Tú has visto á un extranjero?

—Sí; vino aquí, nuestro cacique Caonabo le protegia. Yo le habia conocido mucho tiempo antes, una noche le libré de la muerte.

Sin conocer el peligro que hay en dormir bajo la sombra del manzanillero, se guareció en uno de los árboles para pasar la noche y hubiera muerto si yo no le hubiera sacado de allí y no le hubiera hecho respirar aire puro.

Ojeda asistia á aquella conversacion sin poder explicársela.

Pero Diego, á quien habian inspirado el mayor interés las palabras de su compatriota y que creia hallar en ellas la explicacion de una gran parte del misterio que envolvía la muerte de los españoles, continuó hablándole y ofreció á Ojeda enterarle despues de su conversacion.

—¿Dices que un extranjero á quien salvaste la vida se ha portado contigo indignamente? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, pero estaba con ellos, con los que vinieron de lejanas tierras, desde el cielo, segun nos

dijo Guacanajari, á defendernos de los caribes nuestros enemigos, á colmaros de beneficios, á ser nuestros hermanos. ¡Oh! ¡sí! yo lo creí, yo fui hasta Marien á verlos, mis mujeres venian conmigo.

Nosotros estábamos allí, cuando desde aquellas inmensas moles de leño en que surcaban las ondas del mar dispararon el rayo y estremecieron la tierra con el sonido del trueno.

Yo creia que era bueno y generoso, por eso le salvé, pero hace pocos dias que aquellos miserables llegaron hasta nuestros dominios, ultrajaron á nuestras esposas y quisieron apoderarse de nuestras riquezas.

El sólo quedó vivo; Caonabo le protegia.

—El,—prosiguió el indio,—se habia acercado al cacique y le habia dicho «mis hermanos llegan y vienen á apoderarse de tus bienes; á saquear tus minas; sal á su encuentro, lidia con ellos que son pocos y débiles; yo te ayudaré y cuando les hayas vencido, en premio de este favor me admitirás en tu compañía, seré tu consejero, tu amigo.»

Caonabo le creyó, gracias á él pudo llegar hasta donde estaban los extranjeros, caer sobre ellos y destruirlos antes de que pudieran esgrimir sus macanas.

—¿Y tú no sabes quién es ese hombre?

—Nó; nosotros le llamamos Turcy, ó hijo del Sol. Mientras que los indios peleaban, él corrió al lado de Anacaona, y con falsos alhagos hácia ella y hácia su hija Higuamota, se captó su voluntad y su aprecio.



Pero un dia, un dia llegó hasta aquí.

La más querida de mis esposas estaba sola.

El infame fijó sus ojos en ella y la aprisionó en sus brazos.

¡Ah! si yo le hubiera visto, si yo le hubiera hallado, la más envenenada de mis flechas hubiera traspasado su corazón.

Ailabi, la más querida, la más adorada de mis mujeres, fué ultrajada por él y murió de dolor.

Yo le busqué. Caonabo le defendía; me quejé al cacique, le referí mi afrenta, la muerte de mi esposa.

Anacaona intercedió por él y quedó libre.

Con ellos está, él es el que fomenta la guerra contra vosotros; él es el que nos ha hecho revelarnos contra todos los que tienen el poderío de la tierra, porque yo creo que son hijos del cielo los que traen embarcaciones tan gigantescas, rayos tan destructores, armas tan relucientes y tan mortíferas.

No pudo saber más Diego; pero si aquellas noticias no eran para él más que indicios, debían confirmar á Colon en la sospecha que habia despertado en su ánimo Isabel Monteagudo.

Por el indio supieron que Caonabo estaba reuniendo un formidable ejército y tomaba las disposiciones necesarias para salir al encuentro de los europeos, para darles una batalla y destruirlos, como habia hecho con los demás.

A este fin habia reunido á todos los indios que vivian en las inmediaciones de la ciudad de Maguana.

Ojeda mandó á Diego que dijese al indio que el extranjero que les habia engañado sufriria un horrible castigo.

Creyó que era sin duda alguno de los que habian quedado en la fortaleza de la Navidad, y deseaba comunicar aquella nueva á Colon, porque era muy fácil ó apoderarse de él por la fuerza, ó prometiendo el perdón por la audacia, saber muchas noticias de los indios, conocer la verdadera actitud en que estaban y tener más elementos para vencerlos.

Con algunos fragmentos de oro que habia recogido en el camino, con algunas plantas y frutos raros que habian llamado su atención, dispuso regresar á la colonia y llegó en tres ó cuatro días, precisamente al mismo tiempo que regresaba Gorbalan de su expedición, en la cual habia hallado tambien frutos raros y partículas de oro, pero no llevaba las noticias que Ojeda.

No habia duda para Colon, despues de saber la conversacion que habia tenido Diego, su intérprete, con el indio de la cabaña, de que si Alonso Velez vivia aún, era el más poderoso enemigo.

Pero las nuevas que le llevaron de los terrenos que habian descubierto, alegraron algun tanto á Colon y sirvieron para reanimar á sus tristes y abatidos compañeros.

—No hay duda,—exclamó el almirante,—ricos tesoros encierra el Cibao en sus entrañas. Tarde ó temprano serán nuestros, y podremos realizar nuestras esperanzas y las que los reyes nuestros seño-



res han concebido al disponer la expedición.

—Yo mismo iré en persona,—añadió,—en cuanto pueda á esas montañas y buscaré el sitio más apropiado para que podamos explotar las minas y defendernos de las invasiones de los indios si acaso nos acometen.

---

## Capítulo LV.

---

Un cambio de personas.

El tiempo era á propósito para viajar por mar, y el almirante dispuso que de las embarcaciones que tenía regresaran nueve á España, al mando de Antonio de Torres.

Los enfermos de más gravedad debían acompañarle, y no eran pocos los que querían realizar el deseo de volver á la patria.

Entre ellos estaba Américo Vespucio.

Uno, sin embargo, de los designados por Colon quería á toda costa quedarse allí.

Era el fingido escudero, Isabel Monteagudo.

Colon le habia llamado y le habia dicho:

—He recibido noticias que confirman las vuestras. Alonso Velez ha sido un traidor, y casi es seguro